

Deprivación: el niño y el joven de la calle

Deprivation: The Boy and the Young Man on the Street

Mg. Luis Herrera Abad
Universidad Antonio Ruiz de Montoya, Grupo de investigación
“Sobre Identidad y Alteridad, entre el Yo y el Otro”, Lima, Perú
Contacto: luis.herrera@uarm.pe

Cuando existe crisis en la sociedad, la violencia se agudiza. A medida que aumenta la violencia social, la familia se ve afectada por ella y da paso a la aparición de factores de violencia en nuestros niños y jóvenes.

Diversas disciplinas plantean que, en tanto las sociedades transitan por situaciones difíciles, existe una mayor tendencia a exacerbar valores de autoritarismo. Esta situación se extiende a los diversos espacios de socialización, donde la familia se presenta como un microcosmos de la sociedad, que refleja lo que en ella ocurre. Las relaciones que suelen ponerse en acción son las de tipo dominación-sumisión en las que quien resulta de alguna manera sumiso frente al dominante, tiene que aceptar las normas impuestas por el que lo domina. El extremo de esto es la conducta prepotente, aquella que carece de reconocimiento y cuidado del otro.

Cuando Winnicott (1960) habla de la preocupación por el otro, solemos referirnos al negativo de “culpa”, es decir, usamos la preocupación para superar la culpa que el otro nos ocasiona. Preocupación es sentir que el otro importa y por eso uno lo cuida.

Cuando hablamos de los niños y los jóvenes que crecen en sociedades y familias violentas, sin haber recibido un piso estable que les permita desarrollarse saludablemente, podemos imaginar múltiples desenlaces para ellos. Probablemente, la mayoría de estos niños y jóvenes decidan huir en búsqueda de seguridad y sentimiento de pertenencia.

El niño y el joven de la calle son, al parecer, difíciles de querer y preocuparse por ellos, pues generalmente suscitan miedo o fastidio. No han tenido un ambiente ‘suficientemente bueno’ (Winnicott, 1992) y por eso sus impulsos agresivos-destructivos contienen una forma primitiva de relación en la que el amor lleva implícita la destrucción del vínculo. La tendencia destructiva del niño o del joven, cuando la hay, lleva implícito el mensaje de la carencia. A pesar de que haya habido una presencia materna, esta tendría que llenar el requisito de no solo estar presente, sino, además, de no tener algún motivo de inquietud, lo cual es difícil imaginar en sectores privados económica y socialmente como son aquellos de los que provienen los niños y los jóvenes de la calle. Cuando los cuidadores no le suministran al bebé una oportunidad de reparación, este perderá la capacidad de preocuparse, por el contrario, será invadido por angustias y defensas primitivas (Winnicott, 1960, 1962). De esta manera, el niño de la calle no suscita preocupación, pero tampoco puede preocuparse por otros.

Se conoce que el mayor porcentaje de niños y jóvenes que huyen del hogar lo hacen por consecuencia del maltrato, lo que nos permite pensar que son las familias o los cuidadores quienes terminan por expulsarlos. Winnicott (1960, 1962), en su artículo sobre aspectos psicosociales de la delincuencia juvenil, menciona que el niño “pone a prueba” su capacidad para aterrorizar, destruir, cansar y apoderarse de lo que quiera.

Para Winnicott (1960), la posibilidad de jugar y, en ese sentido, de representar, de reconocer al otro, de transformar, surge en la medida que el hogar sea capaz de soportar lo que el niño hace por desbaratarlo todo y de ofrecerle la oportunidad de repararlo. Cuando el niño duda de esta capacidad y estabilidad hogareña, buscará fuera de casa, en la calle, en el grupo de la esquina o la pandilla, realizar la esperanza de encontrar un ambiente confiable, proveedor de sentimiento de pertenencia.

El actuar robando o destruyendo expresa ocultamente alguna esperanza de encontrar el control de figuras fuertes, cariñosas y seguras. Busca que alguien le proporcione las seguridades que no tuvo; lamentablemente, suscitan fastidio, por ejemplo, el robo y la destructividad provocan sentimientos de venganza. No olvidemos que la ley al ser aplicada hace sentir al aplicador como un justiciero y le

permite ignorar que la tendencia antisocial la poseemos todos, pero controlada. La tentación de la venganza es grande.

Marcelo Viñar (2000) afirma que los niños de la calle constituyen “la zona más dolorosa y sensible de la pobreza extrema y se impone a nuestra mirada a veces con lástima por su desamparo, y otras con horror, por el carácter monstruoso de sus conductas desviantes, delictivas o criminales” (p. 37). Habría que agregar que las instituciones “correctivas” suelen ser lugares en los que puede darse la corrupción que, como afirma Viñar (2000), se alejan del objetivo rehabilitador. De estos espacios el niño sale meramente a la calle y a su antigua vida. El sistema es, pues, incapaz de acogerlo y rehabilitarlo.

Si se tratara de encontrar caminos adecuados, estos tendrían que pasar por un proceso de elaboración y reparación que requeriría restablecer la capacidad de entablar un lazo social solidario y una reflexión compartida en los espacios colectivos. Por el contrario, la ruptura del pacto social solidario, acompañada de la fragilidad de los sistemas jurídicos de apelación, fácilmente se pueden asociar con la corrupción y la impunidad. Estas últimas son formas de miseria moral que se ven alentadas por la miseria económica, especialmente en las situaciones de marginalidad. En ellas, sectores mayoritarios carecen de los suministros mínimos de la existencia —abrigo, alimento y cariño—, tres componentes propios de la “ternura”, indispensables para que el individuo sobreviva y pueda construir su constitución ética.

Este proceso de constitución ética media entre el niño y el sentimiento de confianza en que el mundo satisfaga sus demandas (Ulloa, 1988). A lo largo de su desarrollo, el niño va adquiriendo la convicción de la existencia de la bondad, de un suministro ajeno a él y, al mismo tiempo, aprende a confiar en sus propias posibilidades para demandar y obtener este suministro. Es a partir de ello que el sujeto estructura sentimientos de contrariedad contra lo que daña y hace sufrir. En este proceso, se dará el paulatino desarrollo de la conciencia de que él mismo puede ser causa externa de sufrimiento para otro.

En esta relación de oposición con lo que daña radica la posibilidad de acceder a la noción de justicia. Se adquiere no solo el sentido de “lo que daña”, sino, además, la conciencia de ‘cuándo’ uno mismo

es dañino para otro. Aprende a discernir lo que es justo como parte integrante de su personalidad. Esto no parece darse en el niño y el joven de la calle.

Si este proceso no se realiza, como sucede en la marginalidad, dado que el sujeto no contó con la mediación de la ternura y porque su vida transcurrió desde temprano en el sufrimiento, la violencia y la injusticia, no podrá establecer la oposición con ellas. En este sentido, siguiendo a Ulloa (1988), su ética será la del “apoderamiento” (él mismo es producto de un apoderamiento), en el que el tiempo pierde su continuidad. No hay un mañana posible en donde el hoy pueda organizar o imaginar el futuro. Lo que no se tuvo en su momento refuerza el sentimiento de lo que nunca vendrá, por lo cual se hace difícil cualquier previsión.

En el segundo de sus *Tres ensayos sobre sexualidad infantil*, Freud (1905) se refiere al descuido de lo infantil y lo denomina “amnesia infantil”, aludiendo a la peculiar amnesia que cubre, en la mayoría de los seres humanos, los primeros años de vida. Hasta ahora no se nos ha ocurrido asombrarnos frente al hecho de esta amnesia. Para Freud, tendríamos varias razones para ello. Esas mismas imposiciones que hemos olvidado dejaron, no obstante, las más profundas huellas en nuestra vida anímica y pasaron a ser determinantes para todo nuestro desarrollo posterior. No puede tratarse, pues, de una desaparición real de las impresiones infantiles, sino de una amnesia semejante a la que observamos en los neuróticos respecto de vivencias posteriores y cuya esencia consiste en un mero apartamiento de la conciencia (Freud, 1905).

Este fenómeno pareciera guardar relación con nuestra dificultad para entender el mundo del niño, puesto que, al no recordar nuestra infancia, tendemos a “inventar” lo que más conviene a los fines sociales y personales sobre “lo que es un niño”, y construimos así versiones que corresponden a las mismas razones del olvido. Lo que recordamos de nuestra infancia apenas son retazos, y solo algunos episodios son retenidos. Como sabemos, esto obedece a la represión, la que parece enriquecerse con las normas y los valores que protegen el sistema social.

Debido a esta razón, los adultos rara vez permitimos que los niños manifiesten clara y directamente sus impulsos y deseos, en particular

si aluden a lo sexual y a lo agresivo, con lo cual estas fuerzas deben optar por caminos de manifestación ocultos y a veces dolorosos. La culpa, como vemos, jugará un papel central en la “domesticación” del niño y su consiguiente transformación en un adulto socializado. Esto subraya aún más el que el niño y el joven de la calle, opuestos a la “domesticación”, susciten en el adulto cólera y venganza.

Rascovsky (1981), psicoanalista argentino, sostiene que en la historia y la antropología se encuentran abundantes datos acerca de la tendencia del adulto a agredir al niño. El padre al hijo. Esta tendencia filicida se produce en una gama muy amplia de formas; desde el asesinato y la matanza directa de los niños, hasta versiones atenuadas como la negligencia o el maltrato. Esto ocurre en todas las sociedades, tanto las primitivas como las actuales, y probablemente en toda la historia. Rascovsky coloca como ejemplo la guerra; en ella, se matan unos a otros, pero fundamentalmente mueren los jóvenes, pues los mayores, que pertenecen a los altos rangos militares, son los estrategas, los que dirigen a los jóvenes soldados detrás de la línea de combate. En los holocaustos primitivos de los hijos muertos y devorados, los padres adultos incorporan y hacen suyas virtudes tales como la juventud, la habilidad y la prestancia física. Rascovsky (1981) afirma que la finalidad consciente de la guerra siempre es desastrosa, pero la finalidad inconsciente, que consiste en someter, matar y aterrorizar a la nueva generación en germen, siempre se cumple, sea cual fuera su resultado final.

En el escenario en el cual se desenvuelven nuestra niñez y juventud, predomina la tendencia a considerar el dominio o el autoritarismo como un valor, quizá producto de las experiencias de poder y violencia que caracterizan la historia de nuestro país. Existe una tendencia a exacerbar las relaciones de dominio y, por el contrario, ser democrático o abierto puede confundirse con ser poco enérgico o ambiguo.

En Grecia y Roma, se aceptaba la mutilación del niño para convertirlo en mendigo y que de esta manera sostuviera económicamente a los padres. Recordemos que recién cerca de 60 años después de que se aprobara la ley que establecía que la crueldad con los animales era delito que merecía castigo, se estableció otra que condenaba la crueldad hacia el niño.

El niño y el joven de la calle se encuentran en el nivel más bajo del entramado social, suelen ser etiquetados como narcisistas, apáticos y vagos, y, de alguna manera, pasan a encarnar el deseo de muerte que pesa sobre ellos y quedan expuestos así a sucumbir como sujetos. Se drogan como buscando huir hacia un mundo mejor, deambulan por las calles, su apariencia física es expresión del abandono y sus ojos ocultan su vacío.

El niño malabarista en los semáforos de las calles limeñas ¿juega o no juega? Tal vez muestra su riesgo cotidiano, nos hace espectadores de su presente, de sus carencias; quizá nos plantea un desafío: o tomamos el reto de cuidado y reparación, o hacemos como si no existiera y nos dedicamos a lo nuestro.

¿Qué es lo nuestro? Cuando pienso en estos niños y jóvenes, inevitablemente pienso en sus madres, en *La teta asustada*; me pregunto si llegaron a ser el co-ser al que hace referencia Doltó (1994), ese que poseen todos aquellos que son cuidados por su madre y que les permite introducirse en el espacio-humanizado por el lazo del vínculo.

Sin embargo, perdura cierta fantasía, la de los niños y los jóvenes que dan vueltas en las calles y saltan varios “mortales”. ¿Llegarán a incorporarse en la realidad? ¿Lograrán pasar de la no identidad a la identidad? ¿Acaso esos saltos no suponen tolerar la desilusión? ¿Qué identidad y qué desilusión? Si se tratara de realidad, ¿qué realidad?

La madre perdida en la realidad es vivida como irrecuperable y su pérdida como el hundimiento en un abismo sin fin. Desde esa perspectiva, ¿no es mejor no tener futuro, ni tiempo y espacio? Huir del vacío al costo de la muerte es aquello que pretende ser llenado con la ilusión de la violencia, el poder y la droga.

En la moralidad de la sociedad, se debe aplazar el placer inmediato con el fin de alcanzar satisfacciones en el futuro. El niño y el joven de la calle tienen dificultades para alcanzarlas. Sus condiciones no se encuentran listas para soportar satisfacciones postergadas. Ese es el momento en el cual busca “apoderarse” y colocarse por encima del “compartir”.

Probablemente, estos niños y jóvenes no nos gustan, porque son diferentes. Podemos hasta pensar que esos niños no nos parecen niños.

No nos gusta oírlos, porque sus voces no son como las de los otros niños o jóvenes que conocemos. No queremos mirarlos, porque sus ojos nos dicen cosas insoportables.

Desentendernos de nuestros niños y jóvenes es garantizarles un desenlace fatal. Como adultos e instituciones tenemos la responsabilidad de ofrecerles alternativas de vida dignas en las cuales primen el cuidado, la estabilidad y el respeto.

Referencias

- Doltó, F. (1994). *La causa de los niños*. Paidós.
- Freud, S. (1988, [1905]). Tres ensayos sobre sexualidad infantil. En: *Obras completas*. Strachey, J. (Trad.) y Amorrortu (Ed.) Vol. VII, pp. 109-224.
- Rascowsky, A. (1981). *El filicidio*. Paidós.
- Ulloa, F. (1995, [1988]). La ternura como contraste y denuncia del horror depresivo. En: *Novela clínica psicoanalítica. Historial de una práctica (1995)*. Paidós.
- Viñar, M. (2005, [2000]). Niños fuera de la ley. En: Torres, M. (Comp.), *Buenos Aires: Niños fuera de la ley: Niños y adolescentes en Uruguay: exclusión social y construcción de subjetividades*. Ediciones Trilce. pp. 37-53.
- Winnicott, D. (1960). Agresión, culpa y reparación. En: *Deprivación y delincuencia*. Paidós.
- (1962). *El hogar, nuestro punto de partida*. Paidós.
- (1992). *Realidad y juego*. Gedisa.